

Lunes, diez de mayo de 2004

El salón estaba repleto de muebles. Gary había pegado la cama a la pared, justo debajo de la ventana, y había aprovechado al armario y la cómoda para aislarla un poco.

—¿Qué sucede? —preguntó Nigel.

—Lo he metido todo aquí para que resulte más fácil pintar.

—Entonces enséñame la zona de obras —le pidió Nigel.

Recorrió el pasillo detrás de Gary y entraron en el dormitorio vacío. Advirtió que había retirado las cortinas, aún tenía una escalera de tijera apoyada en el marco de la ventana, y en medio del suelo había una bolsa de basura de la que sobresalían los restos del empapelado rascado.

Nigel se fue hasta el rincón más distante y cogió del suelo una lata de pintura, colocada junto a un rodillo, su bandeja y algunos pinceles.

—¿Así que te has decidido por el blanco? —preguntó.

—Pues sí —contestó Gary con un gesto afirmativo—. Y he comprado esto para darle el toque final —añadió mientras sacaba del armario una lámpara gigante de papel, plegada dentro de una bolsa de plástico transparente.

—Elegante —comentó Nigel, con una mano en el alféizar de la ventana.

—Los accesorios dan el toque de distinción —dijo Gary, tal y como había oído en la tele. Nigel puso los brazos en jarras.

—Cierto.

Tras guardar la lámpara, se fueron otra vez para la sala.

—Entonces, ¿cuándo esperas tenerlo acabado? —preguntó Nigel andando tras él.

—No sé. Una semana o así.

—El piso va mejorando. Lo estás haciendo fenomenal, teniendo en cuenta que el año pasado por estas fechas dormías en un aparcamiento.

—Tú me has ayudado mucho —comentó Gary mirándole a los ojos.

—Sólo hago mi trabajo —respondió el trabajador social con la vista en el suelo—. Casi todo el esfuerzo ha sido cosa tuya.

—De todos modos, se agradece tu apoyo.

Nigel pasó la mano sobre un cojín del sofá antes de sentarse.

—¿Y va bien todo lo demás? —preguntó.

—Sí.

—¿Te adaptas bien a las pastillas?

—Supongo. Aunque me está resultando difícil leer.

—Pues por lo que veo, no lo llevas nada mal —dijo Nigel señalando una pila de diarios amontonados en el rincón—. Para mí sería todo un esfuerzo leer tantos periódicos.

—Puedo leer —contestó Gary rascándose la barbilla—, pero me cuesta concentrarme.

—Lamentablemente, es un efecto secundario.

—Es más que eso —respondió Gary con ojos enojados.

—Podría ser peor —comentó Nigel con su voz tranquilizadora—. ¿Recuerdas cómo te sentiste cuando dejaste de tomar la medicación?

—Se me fue un poco la olla —respondió Gary riéndose—. Pensaba que tenía a todo el mundo en contra.

—No te hacía tanta gracia entonces.

—Pero ahora sí —añadió Gary. Intentaba crear cierta complicidad con su mirada, pero Nigel la eludió ajustando la bandolera de su bolsa. —¿Quieres un pitillo? —preguntó indicando el tabaco de liar con la cabeza.

—Tengo que ponerme en marcha otra vez —dijo Nigel.

—Qué ocupado estás.

—Vendré a verte el miércoles.



Cuando se marchó, me acerqué a la ventana y le observé andando por el sendero del jardín. Abrió el coche y dejó la bolsa en el asiento del pasajero, luego se montó y cerró la portezuela. Miró hacia arriba y le saludé con la mano, pero no creo que me viera porque no me devolvió el saludo.

Entré en la cocina, donde guardaba unos cuantos cartones que arrastré hasta el dormitorio. Cogí los visillos y volví a colgarlos, luego tapé la ventana con los cartones, clavándolos como si fueran continuación de la pared. Hicieron falta los tres cartones para cubrirla del todo.

Una vez que acabé salí al jardín, alcé la vista a mi ventana, y lo único que distinguí fueron los visillos, nada fuera de lo normal. Hice un gesto de aprobación, satisfecho de que los vecinos no pudieran ver lo que tramaba.



Nigel empujó las puertas dobles de entrada a la oficina. Un extremo de la pared estaba cubierto con hileras de archivadores, que recorrió con los dedos mientras se dirigía a su escritorio.

Wendy alzó la vista al ver que se acercaba.

—Buenos días —saludó—. ¿Ha ido bien el fin de semana?

—No ha estado mal —contestó él—. Sarah me llevó ayer a cenar. ¿Y tú qué tal?

—Ha pasado demasiado rápido.

—¿Qué has hecho?

—Pasar el rato con los críos, sin más —contestó ella mientras hojeaba una guía del departamento—. ¿Cómo llevas la mañana?

—Acabo de hacer una visita a Gary.

—¿Y qué tal ha ido?

—Francamente bien —contestó Nigel sacando su agenda para abrirla sobre el escritorio.

—Me alegro —comentó ella con gesto de aprobación.

—Está dedicando mucho más trabajo a su piso.

—Qué bien.

—Le he encontrado un poco vehemente, diría yo —comentó, y Wendy alzó la vista de la guía.

—¿Crees que está siendo buen chico?

—Espero que sí.

—¿Te acuerdas de la última vez? —preguntó su compañera mordisqueando el lápiz—. Si tienes alguna sospecha, deberías informar a la Condicional.



Tomé aliento y abrí la alacena de la galería. Estaba abarrotada de libros y pedazos de libretas, más aún de lo que pensaba.

Consigo la mayoría de mis libros en tiendas de organizaciones benéficas. Había montones ahí metidos, todos en ángulos diferentes, con pedazos de papel torcidos entre ellos. En el estante superior estaban mis carpetas, bien ordenadas. Tres de ellas llevaban una etiqueta en el lomo. Pensamiento, política, psicología. Las tres pes, mis áreas de interés.

Me gustaría dejarlas en los estantes de la sala, pero a veces es preferible mantener ocultas esas cosas, a veces aprovechan este tipo de cosas como excusa para tacharte de chalado.

La falta de aceptación de su reciente situación vital se reflejaba en los presuntuosos intentos autodidactas del señor Johnson.

La otra carpeta era negra, y no llevaba nada escrito en el lomo. La saqué y me senté con ella en el sofá. La abrí sobre las rodillas y la hojeé hasta llegar a la página con el diagrama final de la maqueta. Intenté calcular con exactitud cómo iba a construirla.



Nigel se inclinó sobre el formulario que tenía encima del escritorio. Era para solicitar financiación para comprarle una cama nueva a Gary. Añadió una nota adjunta en la cual manifestaba que la concesión mejoraría de forma considerable la calidad de vida de su paciente. Para acabar, marcó una casilla de confidencialidad y firmó sobre la línea de puntos. Se levantó y metió la solicitud en un sobre marrón, fue hasta el final de la oficina y lo dejó caer en el cajón del correo.

Miró el reloj. Las diez. Volvió a su asiento y cogió su bolso.

—¿Sales? —preguntó Wendy.

—Desgraciadamente, sí —contestó con una sonrisa—. Siento dejarte sola.

Arrancó el coche y metió en el equipo un casete, que hizo un ruidito seco. Mientras cruzaba la ciudad, pasó junto a un viejo que empujaba un carro de supermercado lleno de bolsas de plástico, toda su vida en una jaula metálica. De una esquina sobresalía el mango de una escoba con un par de calzoncillos a modo de bandera.

—¿Dónde acabarán? —preguntó Nigel mirando al hombre.

Llegó a una colina con un bloque de pisos en lo alto que recordaba la mansión de un conde en Transilvania, esperando a que llegara la noche para soltar a sus habitantes por el mundo.

Nigel aparcó en el estacionamiento, apagó el equipo de música y respiró un par de veces. Vio a Ralph en su ventana con un cigarrillo en la mano, entró en el vestíbulo y subió las escaleras. Al llegar al piso superior, llamó a la puerta y Ralph abrió:

—Adelante —dijo.

—¿Cómo estás? —preguntó el asistente social mientras entraba detrás de Ralph.

—No muy bien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Nigel, sentándose en el sofá. Cruzó las piernas, juntó las manos encima de la rodilla y miró por el salón. El lugar tenía el aspecto abarrotado de las casas de los jubilados. Alguien que en otro tiempo había vivido en una casa grande

pero, debido a la marcha de los hijos y las limitaciones financieras de la edad, se había trasladado a un sitio más pequeño. Sólo que éste era el piso más grande donde Ralph había vivido en su vida.

Todo estaba teñido de naranja por la nicotina. El olor a cigarrillos competía con el aroma a grasa de carne, aunque ninguno dominaba. Ralph olía a ropa sin lavar, y sus dedos se veían sucios.

Le llevó un rato serenarse. Colocó bien el cenicero sobre el brazo del asiento, abrió el paquete de tabaco y empezó a liarse un pitillo. Entre un movimiento y otro miraba a Nigel como si estuviera a punto de decir algo, luego reanudaba su actividad. Nigel ya esperaba algo así, de modo que aprovechó el rato para relajarse e inspeccionar el piso en busca de indicios de modificaciones. Ralph encendió por fin el cigarrillo.

—Tengo que confesar algo —dijo entre exhalaciones de humo. Nigel asintió e hizo un sonido para animarle. Su paciente continuó.

—He vuelto a meterme.

—Vaya pena —contestó el asistente social mientras observaba las expresiones cambiantes en su rostro—. Tienes que estar pasándolo muy mal —siguió, y Ralph asintió con ojos llorosos. Nigel se sacudió una mota de los vaqueros—. ¿Cómo ha pasado? —preguntó.

Ralph miró hacia el espejo de whisky Famous Grouse y luego a la ventana.

—No sé —dijo apurado—. Me encontré por casualidad con un tío, sin más, y fuimos a pillar algo.

—¿Tienes dependencia otra vez?

—Más bien.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No sé —respondió Ralph con labios temblorosos.

—Todavía estás a tiempo si quieres dejarlo —dijo Nigel.

—Eso es fácil de decir —contestó Ralph con sorna.

—Puede que sí —añadió Nigel—, pero estoy aquí para ayudar —dijo casi en un susurro.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres hacer al respecto? —le preguntó Nigel, dando golpecitos con los dedos en el reposabrazos del sofá.

—No quiero acabar otra vez en la calle.

—Deberíamos llevarte a ver al asesor de drogodependencias.

—Parece una buena idea —dijo Ralph mientras daba una calada al cigarrillo. Se incorporó un poco como si acabara de recordar algo.

—¿Quieres un té?

—No, gracias. Pero prepárate una taza si te apetece.

Ralph se fue hasta la cocina y Nigel se quedó en la sala de estar. No había un solo libro en esta casa, sólo vídeos. Encima de la mesa del rincón había una pila de dibujos, y se acercó a echarles un vistazo. Parecía el trabajo torpe de un joven entusiasta que quería ser artista.

Ralph se aproximó también a la mesa de dibujo.

—¿Qué te parecen? —preguntó. Nigel cogió un dibujo y lo examinó.

—Están bien hechos.

—Sí, siempre se me ha dado bien dibujar —comentó Ralph, y Nigel bajó los dibujos.

—No me lo habías contado.

—Mi madre me compró la semana pasada el material para dibujar. Le pareció que tendría que tener algún *hobby*.

—Es una buena idea —explicó Nigel—, mucha gente consume drogas porque sienten sus vidas vacías, por lo tanto hacer algo constructivo, como dibujar, puede ser de ayuda.

—Eso es lo que ella me dijo —contestó Ralph. Hojeó sus dibujos—. El perro de mi tía.

—Me gusta cómo han quedado los ojos. Parece un animal precioso.

—La semana que viene lo sacaré a pasear.

—Eso está bien.

Se quedaron un rato callados, pero seguían juntos de pie.

—¿Cuánto tiempo llevas consumiendo? —preguntó Nigel. Ralph se volvió un poco pero no alzó la vista.

—Un par de meses.

—¿Por qué no has dicho nada antes? —preguntó el asistente mientras volvía al sofá. Ralph le siguió y se dejó caer en su asiento.

—No sé —dijo, y apoyó la cabeza en las manos. Nigel quiso tocarle, ponerle una mano en el hombro para tranquilizarle, pero había constatado que era mejor dejar espacio a la gente. Y el contacto a veces los sobresaltaba. Por lo tanto permaneció quieto y pensó en las plantas que había comprado Sarah.

Su jardín trasero era más bien un patio. Lo tenían un poco abandonado. Pronto llegaría el verano, y querían tener un sitio donde sentarse y aprovechar el final del día, un rincón agradable donde tomar una copa de vino o un zumo y leer una revista. El problema era que más bien parecía la zona de los cubos de basura de un bloque de pisos. Tenían que buscar algunos muebles de jardín y jardineras de madera para las plantas, conseguir un decorado más bucólico.

Ralph se agitó y levantó la cabeza.

—¿Vendrás conmigo a la clínica? —preguntó. Nigel respondió abriendo su bolso y sacando la agenda.

—Por supuesto que sí —dijo mientras apuntaba una nota para no olvidarse. Apartó la vista del bolígrafo—. ¿Cómo te va con el grupo de apoyo?

—Bien —respondió Ralph asintiendo con la cabeza.

—¿Has hecho algo interesante?

Ralph frunció el ceño con concentración.

—Fui a jugar una partida de billar con Chris —contestó.

—Es un chaval majo.

—Sí, me cae bien. También he salido con otro tío llamado Gary —explicó, luego habló con más confianza—. Fui a su casa a ver la tele.

—¿No crees que eso ayuda, conocer a otra gente?

—Supongo que sí, pero no todo el mundo quiere seguir desenganchado —comentó Ralph mientras preparaba el tabaco.

Nigel se preguntó quién más consumía en el grupo, pero decidió no decir nada. No beneficiaría a su relación con Ralph intentar sonsacarle información sobre los demás.

Confiaba en que no fuera Gary.

—¿Dibujas mucho cuando vas al grupo de apoyo?

—Sí. Ahora tienen pinturas —dijo Ralph volviendo a sentarse en una postura más relajada—. Antes sólo había lápices.

—Hace un tiempo que no voy. Tal vez vaya siendo hora de asomar la cabeza un día de éstos.

—Tal vez.

Nigel miró el reloj.

—De acuerdo, mejor me voy —dijo mientras recogía su bolsa y se levantaba. Ralph le siguió hasta la puerta. Nigel esperó a que abriera y luego salió al exterior—. Nos vemos la semana que viene —se despidió mientras se volvía y miraba a Ralph que desaparecía otra vez por el interior del piso.



Metí los últimos restos de papel pintado en la bolsa de basura y la saqué afuera. Volví al piso y pensé en cómo pintar la habitación. Ya había raspado las paredes y ahora parecían esterilizadas, pero eso no era suficiente. Si quería crear el mejor decorado para mi maqueta tendría que parecer en todo una celda de comunicación, como una zona muerta.

Me quité la ropa y la dejé encima del sofá. Entré en el dormitorio y enrollé la alfombra, levantando un poco de polvo que me provocó picor en la nariz. Arrastré la alfombra hasta la sala, luego saqué la aspiradora del armario y me puse a limpiar toda la porquería y migas que habían quedado.

Cuando acabé y pensé que el lugar ya estaba bastante limpio, abrí la lata grande de pintura al agua. Empecé por el techo, subiendo y bajando los escalones entre crujidos de escalera. Quería hacer un buen trabajo, o sea que me tomé mi tiempo. Hundía el pincel

en la pintura y restregaba el exceso contra el borde de la lata. Y luego, unas pocas pinceladas de aquel blanco precioso que se extendía por el mundo.

Veía el futuro en esta habitación. Un nuevo comienzo lejos de toda la mierda que había tragado hasta entonces.

Cuando acabé con el techo y las paredes, empecé con el suelo. Aún me quedaba más de la mitad de la lata, así que extendí la pintura con generosidad. Fui avanzando desde el rincón más alejado hasta la puerta y, una vez allí, miré la habitación. Era una estructura vacía, totalmente blanca.

Había conseguido dejarla lo más pura posible. La maqueta que quería montar dentro dispondría de un entorno casi sin contaminar por las ideas de los demás. Un contexto construido por mí, como un trozo de papel en blanco listo para los garabatos de un genio enloquecido. Un hombre de pelo desgreñado, mal afeitado y hambriento, un hombre que no vive en el mundo de los demás, y sacude la cabeza y se la rasca al ver lo que la gente da por verdadero. Él vive en una cueva, hundiendo la pluma en tinta y emborronando la superficie del papel con sus pensamientos.

Forman un patrón, preestablecido pero original, y los hechiceros se inclinan sobre él para adivinar el futuro, hablando entre sí en lenguas extrañas que nadie más puede entender, códigos secretos tras los que se ocultan.



Nigel empezó a llenar sus hojas de control de horas. Tenía que dar cuenta de todo lo que hacía durante el día, apuntar la duración de las visitas, cuánto tardaba en llegar allí, cualquier llamada que hacía. También anotaba las cartas que escribía y las reuniones con médicos y otros profesionales sanitarios. El lápiz chirriaba con aspereza al moverse entre las líneas. Tras un par de minutos alzó la cabeza y miró a Wendy trabajando, tosió y su compañera alzó la vista.

—¿Quieres un poco de chocolate? —le preguntó mientras me-

tía la mano en el bolso. Ella hizo un gesto afirmativo levantándose de la silla, y Nigel desenvolvió una barra y rompió un pedazo. Wendy se acercó con ojos brillantes y la mano extendida.

—Pásame un trozo, venga.

—Ahí tienes —dijo él, y lo dejó caer en su palma. Wendy se lo metió en el carrillo y suspiró mientras volvía a sentarse.

Nigel compartió con ella el resto del chocolate mientras le explicaba la situación de Ralph.

—Ha sido un mañana dura, ¿eh que sí? —preguntó Wendy.

—Reconozco que estoy agobiado —dijo él asintiendo—. Pensaba en serio que Ralph estaba mejorando.

—Te ganas a algunos, pero a otros los pierdes —comentó ella—. Es duro pero es cierto.

—Aún no está perdido.

—Puede que no —añadió Wendy mientras se levantaba—. Pero le queda un largo viaje por delante. La experiencia me dice que cuando vuelven a caer en la heroína, no paran hasta perderlo todo. —Cogió su taza—. ¿Quieres un té?

—Sí, por favor —contestó él, y la puerta se cerró tras ella.

Volvió a las planillas de control. Llegó a la sección de Gary y la valoración de su estado mental. No lograba pensar con exactitud qué escribir, de modo que anotó un interrogante y decidió volver a echar un vistazo más tarde.

Estaba sacando punta de nuevo a su lápiz cuando Wendy apareció de espaldas por la puerta. Se dio media vuelta al entrar, y Nigel vio que traía un té en cada mano. Sonrió cuando le tendió una taza.

—Gracias, cielo. Lo necesito.

—Voy a echar un cigarrillo —dijo ella—. ¿Vienes a fumar?

Nigel se lo pensó, no había fumado en todo el día. En realidad no fumaba mucho, por regla general fumaba algún cigarrillo por la noche, mientras bebía algo. Pero durante el día solía liarse algún pitillo de vez en cuando. Era una estupidez porque sólo lo mantenía en un círculo constante de necesidad.

—Sí, vamos.